

El año Pedrolo en *Hélice*

Sara Martín Alegre

© Sara Martín Alegre, por la introducción y la traducción, 2018



Hélice se suma a las celebraciones del Año Pedrolo, centenario del nacimiento de Manuel de Pedrolo (1918-1990), con la publicación del cuento «Las civilizacions són mortals» en traducción al castellano y al inglés, realizadas ambas por Sara Martín Alegre. Gran figura de las letras catalanas, y autor prolífico de 128 volúmenes en todos los géneros, Pedrolo merece ser mucho más conocido tanto entre los hablantes catalanes como entre el público lector en otras lenguas.

El cuento seleccionado, publicado en la antología *Crèdits humans* (Barcelona: Editorial Selecta, 1957, 171-190) es una muestra sumamente interesante de la ficción fantástica pedroliana. Aunque no es ciencia ficción, el género al que se dedica *Hélice*, hemos decidido escogerlo entre la amplia producción del autor porque su temática anuncia la trama desarrollada en la obra más conocida de Pedrolo, *Mecanoscrit del segon origen* (1974), obra maestra de la ciencia ficción catalana, traducida al castellano como *Mecanoscrito del segundo origen* por Domingo Santos.

Mientras en esta novela dos niños catalanes, Alba de catorce años y Dídac de nueve, se preparan para reconstruir (y renovar) la

civilización perdida por culpa de un ataque extraterrestre, en «Las civilizaciones son mortales» dos jóvenes estadounidenses, el detective Jim Sekrat y una muchacha sin nombre, se enfrentan a la misteriosa desaparición de sus congéneres humanos, tras un extraño suceso que sólo puede llamarse metafísico, antes de poner en marcha también un «segundo origen». Vincula a ambos textos el convencimiento pedroliano de que ninguna civilización humana es eterna, aunque sean muy distintas entre ellas, y que hay que estar siempre preparado para lo inesperado.

La publicación de las traducciones cuenta con el permiso de Edicions 62 y de la Fundació Pedrolo, a las cuales deseamos mostrar nuestro agradecimiento.

Any Pedrolo, <http://cultura.gencat.cat/ca/any-manueldepedrolo/inici/>

Fundació Pedrolo, <http://www.fundaciopedrolo.cat/>

Manuel de Pedrolo (AELC), https://www.escriptors.cat/autors/pedrolomde/pagina.php?id_sec=1873

Las civilizaciones son mortales

Manuel de Pedrolo

Ya era tarde, quizás un poco más de las diez. Jim Sekrat, no obstante, podía permitirse este lujo: venía a ser una especie de institución nacional. De lo cual él estaba bien convencido. Se sabía casi de memoria las obras completas—hasta la fecha—de Mickey Spillane, Mikey Roscoe y Adam Knight, entre otros, lo que daba, no hace falta decirlo, una gran perspectiva a su trabajo de *private eye*. Todo esto, sin embargo, no había de servirle de nada aquel día.

Duchado y meticulosamente afeitado, se hizo unas tostadas, se hirvió un huevo y, después de preparar unas tazas de café, desayunó tranquilamente, mientras encendía el primer cigarrillo del día. Es decir: el primero se lo había fumado a eso de las tres, antes de meterse en la cama. Pero para Jim Sekrat, con muy buen sentido, el día comenzaba al levantarse y acababa en el momento de zambullirse entre las sábanas.

Por la ventana, sin postigos, que daba a Right Street, entraba la claridad radiante de un día sin nubes, absolutamente primaveral. Al otro lado de la calle se podían distinguir todo tipo de ventanas abiertas, a través de las cuales las habitaciones se empapaban del hálito vegetal que emanaba de los árboles alineados a lo largo de las aceras.

Cabe decir, sin embargo, que Sekrat no prestaba atención ni al espectáculo visual, después de todo anodino, ni a los aromas co-

nocidos. Mientras desayunaba y fumaba al mismo tiempo, con un dinamismo típicamente americano, tenía todavía suficientes manos como para pasar las páginas del voluminoso periódico. Para ser exactos, leerlo casi no lo leía: los titulares y ya basta. Si alguna vez hablaban de él, ya era otra cosa. Su vanidad, bien natural, le obligaba entonces a no perderse ni una palabra. Hoy, sin embargo, su nombre no se veía por ninguna parte y el periódico pronto quedó listo. Sekrat se levantó, se fue hasta la cocinita y se sirvió otra taza de café. Se la bebió voluptuosamente.

Después dio un vistazo al reloj y le pareció que ya era hora de pasar por la oficina de Transit Avenue. Antes, sin embargo, necesitaba hacer una visita profesional y, para no perder tiempo, cogió el teléfono y marcó el número del despacho. Ya debía hacer rato que Molly estaba tras su máquina de escribir.

Pero nadie contestó su llamada. Aparentemente se había equivocado: Molly todavía no estaba en la oficina, algo sin precedentes. Prefirió, sin embargo, no preocuparse; volvió a dejar el auricular, se puso la americana y abandonó el pequeño apartamento, en el quinto piso.

Nunca tenía la paciencia de esperar el ascensor, por lo que como cada día bajó las escaleras a pie, de dos en dos, porque todavía era joven y rebosaba vitalidad.



Las civilizaciones son mortales

Ya abajo, atravesó el vestíbulo, desierto, y salió a la calle. Es decir...

¡La calle no estaba!

Se detuvo en seco, plantado dentro de otra entrada muy parecida a la que acababa de abandonar, porque todas las casas de la calle eran casi iguales. Instintivamente se giró y miró... ¡en todas direcciones!

Cosa curiosa: entre él y el vestíbulo del edificio donde habitaba, sólo había un umbral, el cual era a la vez el umbral de la casa donde acababa de penetrar. Inexplicable.

Como lo era, sacó el paquete de *Camel* del bolsillo y se puso un cigarrillo en la boca, sin encenderlo, mientras trataba de pensar desesperadamente. Pero no había que pensar mucho. La cosa estaba clara: ¡la calle había desaparecido!

—¡A ver, a ver!—se dijo, para tranquilizarse.

Porque, claro, aquello era imposible. No podía ser que al abandonar la entrada de la casa que habitaba se encontrara directamente en la entrada de la casa de enfrente. La evidencia, sin embargo, era la evidencia. Y, a menos que todos los sentidos lo traicionaran...

Retrocedió algunos pasos y volvió a situarse en su propio vestíbulo. Y nada, ni una sospecha de calle entre las dos entradas. “Pero la calle está”, se dijo. Aunque no lo había observado conscientemente, sabía muy bien que, mientras desayunaba, en su cuarto entraba la luz del día, incluso un pequeño chorrillo de sol. Lo cual quería decir que más allá de la ventana se extendía un espacio abierto. Un espacio verdaderamente abierto, porque el edificio de enfrente era tan alto como aquel donde vivía. Por lo tanto, si las dos casas hubieran estado tan juntas como parecían estar, él no habría visto luz en modo alguno: su cuarto habría quedado a oscuras...

La perplejidad lo tenía allí indeciso, mi-

rando ahora a un lado, luego al otro. Y lo peor es que estaba solo, que allí no había nadie, absolutamente nadie con quien compartir ese extraño estado de cosas, con quien hacer siquiera un comentario, siempre reconfortante. Estaba solo, como si todo el mundo hubiera desaparecido. Observó entonces que ni siquiera estaba el *liftier*.

—Quiero convencerme—murmuró de repente, tomando una decisión.

Entró en el ascensor y lo puso en marcha. Unos segundos después lo abandonaba en su propio rellano y entraba como un golpe de viento en su cuarto. Y no se había equivocado: la habitación estaba llena de luz.

Se acercó a la ventana, la abrió y sacó la cabeza. Perfectamente: allí, unos cuantos metros debajo, estaba la calle, y al otro lado las casas de aquel lado, todo ordenado y normal como cada día... O no. No exactamente. Porque había algo diferente: por la calle no transitaba nadie, ni vehículos ni peatones. Sencillamente, estaba pelada, una situación que él no había visto nunca, porque Right Street era una arteria importante, animada de noche y de día.

Pero en fin, esto tenía relativamente poca importancia. Lo importante era que las cosas esenciales seguían existiendo en la forma tranquilizadora de siempre. La casa, la calle y las casas de enfrente.

¿Qué le había pasado, entonces?

Tiró el cigarrillo que llevaba en la boca, aunque sin encender, y volvió a salir de la habitación. El ascensor seguía en su rellano y esta vez lo utilizó para bajar.

Unos segundos después, al atravesar el vestíbulo, comprendió por la oscuridad relativa que venía del lado de la puerta que la situación, aquí abajo, no había cambiado. Y ahora observó algo que de entrada no había notado: si la entrada estaba iluminada, era porque lucía una luz eléctrica.



Las civilizaciones son mortales

Indeciso, pero seguro de lo que pasaría, avanzó una vez más hacia la puerta. Allí se detuvo de nuevo, observando a la chica que había en el vestíbulo de la casa de en frente. No recordaba haberla visto nunca, pero en seguida juzgó que era una chica agradable. Lo que no era tan placentera era su expresión. Porque también ella, según le pareció, acababa de descubrir la ausencia de la calle entre las casas.

Al oírlo, se había girado y ahora se contemplaban ambos. Después de unos momentos de silencio, ella preguntó:

—¿Pero qué pasa?

Quizás habrían hecho falta otras palabras para expresar debidamente lo insólito de aquella situación, pero por otra parte su misma enormidad hacía poco menos que impracticable reaccionar con palabras que no fueran las habituales cuando algo, sin maravillarnos, nos extraña. Y él contestó con la misma simplicidad:

—No lo sé.

Ambos miraron a su alrededor, como si hubieran perdido algo, hasta que ella dijo:

—¿Y la calle?

Él se encogió de hombros.

—Yo diría que la calle sigue en el mismo lugar—explicó tras una pausa—. Por lo menos, mirando desde la ventana...

La chica lo miró como si no comprendiera.

—¿Quiere decir que...?

—Sí, acabo de sacar la cabeza por la ventana y vi la calle...

—Entonces... ¿cómo lo explica?

—De ninguna manera.

Y era verdad.

—Pero—insistió ella—, si existe desde arriba, también debe existir desde aquí abajo...

—Normalmente, sí.

—¿Qué quiere decir, normalmente?

—Quiero decir que sí, que no puede existir y no existir al mismo tiempo. Pero...

La clave de todo el asunto estaba detrás de aquel pero. Ella no parecía admitirlo de buena gana:

—Cosas como estas—dijo—no pueden pasar.

—Quizá no—concedió él—. El caso, sin embargo, es que, no podemos salir... ¡Un momento!—exclamó—. Está la puerta de atrás...

Sin necesidad de confabularse previamente, ambos se encaminaron hacia ella. Rodearon la caja del ascensor, siguieron por el pasillo que se hundía en las entrañas de la casa y, tras torcer hacia la derecha, llegaron a la puerta. Como solía ser el caso, estaba cerrada, pero podía abrirse fácilmente por la parte interior.

En el edificio que quedaba en frente por aquel lado, nadie debía aún haber pensado en este recurso, porque esa puerta estaba cerrada. Eso sí, no dejaba el más mínimo espacio que permitiera hablar de calle entre las dos casas. Los edificios se habían unido.

—Es curioso...—dijo Sekrat.

Como lo dijo con un gesto muy reflexivo y nada preocupado en apariencia, ella lo miró:

—¿Os lo parece?—preguntó.

—Sí—dijo él—. Porque, como puede observarse, aquí hay dos puertas, aunque las casas están unidas: nuestra puerta, ahora abierta, y la del edificio de en frente, cerrada...

—¿Y bien?

—Y bien: al otro lado—y señalaba hacia la puerta principal—sólo hay una. Es decir: puerta, no hay; sólo un umbral, el mismo para ambos edificios... Me pregunto si eso quiere decir algo...

Pero ella no tenía paciencia ni humor para estas especulaciones.

—Ah, ¡y qué importa eso! Tendríamos que procurar salir de aquí. Esto es como una trampa...



Las civilizaciones son mortales

Él reflexionó largamente con su cerebro entrenado para descubrir las salidas de los laberintos más complejos.

—Como le he dicho—dijo al fin—, mirando desde la ventana he visto la calle. Ahora me pregunto si por el solo hecho de que alguien mire vuelve a existir efectivamente... quiero decir aquí abajo. Porque, claro, mientras miraba por la ventana, estaba arriba y no sabía lo que pasaba aquí...

Calló, mientras la chica respiraba ruidosamente.

—Escuchad—retomó él el hilo a continuación—, podríamos hacer una cosa: usted puede permanecer aquí mientras yo voy a mirar por la ventana...

La chica no parecía muy entusiasmada. Quizá le daba un poco de miedo quedarse ahora sola en aquel edificio que parecía desierto.

—¿No os gusta la idea?—preguntó él—Si la calle reaparece puede usted salir...

—Sí, dijo ella—. ¿Pero y usted?

Él se mostró a la altura de las circunstancias:

—No se preocupe por mí; estoy acostumbrado a todo. Por otra parte, más vale que salga uno de nosotros que ninguno... Oh, y ahora que lo pienso, ¡quizá también me pueda ayudar!

—¿Cómo?

—Cuando hace un rato he mirado por la ventana, he observado que en la calle no había nadie...

La boca de ella quedó abierta.

—¿Qué dice?

—Lo que oye: no había nadie. Y ahora se me ocurre que si esta calle reaparece mientras alguien la mira también podría ser que siguiera presente mientras alguien la pisa, ¿comprende?

Ahora la chica estaba toda emocionada.

—Sí, sí, ¡es verdad!—dijo—. ¿Quiere decir que yo podría quedarme en la calle para que ésta siguiera existiendo cuando usted bajase...?

—¡Exacto!

El entusiasmo de la chica, no obstante, cedió con la misma rapidez con la que había aparecido.

—Pero no puede ser—dijo—. Ni una cosa ni la otra.

—Pero no cuesta nada probarlo—replicó Sekret.

Tenía toda la razón según ella convino. Mientras se dirigía otra vez a la puerta delantera, él montó nuevamente en el ascensor, hasta salir en su piso. Como la otra vez, se precipitó a la ventana: la calle estaba allí, debajo, tan desanimada como antes.

Un instante después, sin embargo, distinguió una persona: la chica. ¡Era cierto así pues! ¡La calle era incapaz de negarse mientras se la miraba!

Ella levantó la cabeza y estudió las ventanas hasta descubrirlo. Él se asomó y levantó el brazo. Entonces ella lo vio y correspondió al saludo. Por señales, Sekret le indicó que bajaba, abandonó la ventana, salió del cuarto y entró de nuevo en el ascensor.

Abajo, sin embargo, le esperaba una amarga desilusión: la calle había desaparecido de nuevo. Tras el éxito de la primera parte del programa, estaba tan convencido de que todo pasaría tal como lo había imaginado, que su desencanto fue verdaderamente abrumador.

Durante largo rato se quedó tocando el umbral, sin saber qué hacer ni qué decidir. No se volvió a mover hasta que se le ocurrió que la chica estaría aún en la calle, esperándole.

Entonces rehizo el trayecto hasta su cuarto.



Las civilizaciones son mortales

—Quizás se ha ido—se dijo mientras se encaminaba a la ventana.

Pero no. Ella seguía fielmente en la acera, ahora mirando hacia el portal de la casa, aquel portal que desde dentro no existía.

Con el fin de llamar la atención, Sekrat se puso a gritar, pero su voz no debía llegar hasta abajo porque ella no volvió a levantar cabeza. Entonces el muchacho se retiró de nuevo a la habitación y miró a su alrededor. Tomó el primer objeto que se presentó ante sus ojos: un cenicero de cristal, bastante pesado por cierto.

Con este objeto en las manos, se asomó de nuevo a la ventana. Tras comprobar que ella seguía atenta observando la puerta, lo dejó caer.

Vio como la chica se sobresaltaba por el ruido. Pero el objetivo de la maniobra había tenido éxito: ella miró hacia la ventana.

Haciendo todo tipo de señales, le indicó que no podía salir, y ella debía comprenderlo perfectamente, porque a continuación la vio dirigirse a grandes zancadas hacia la puerta del edificio.

—¡No, no!—gritó él al comprender su intención.

Pero la chica ya había penetrado en la entrada. Sekrat también se precipitó. Unos momentos después, ambos se encontraron junto al umbral.

—¿Qué ha pasado?—preguntó ella.

—No he podido salir. Pero no tenía que haber vuelto a entrar...

—¿Por qué? Uno de nosotros siempre puede salir...—dijo ella, con buen juicio.

—Sí, claro. Pero ahora... ¡Escuche!—dijo él—. Cuando ha vuelto a entrar, ¿qué ha pasado?

—¿Qué quiere decir, ¿qué ha pasado?

—Sí. ¿Ha visto cómo la calle desaparecía, cómo se juntaban las casas...?

Ella negó con la cabeza.

—No he visto nada. En el momento que he puesto el pie aquí dentro, todo ha quedado como antes, como si la calle nunca hubiera existido...

Él se pasó la mano por la frente y se sacó otro cigarrillo. Ofreció uno a su compañera y encendieron ambos.

—No sé qué pensar—dijo él al fin.

—Lo raro—observó ella—es que se diría que estamos solos en el edificio, tal vez incluso en la ciudad...

—Sí—asintió él—. No había caído pero es verdad que... ¡Pero tal vez les pasa algo! —se interrumpió.

Dio media vuelta, repentinamente, y se dirigió a grandes zancadas hacia la primera puerta que se distinguía en la casa: el piso del encargado del edificio.

Llamó y no le respondió nadie. Insistió con el mismo resultado. Entonces hizo girar el pomo. La puerta se abrió, y Sekrat, seguido por la chica, entró en el apartamento.

—¡Mijauhull!—gritó—¡Mijauhull!

Pero Mijauhull no estaba, de lo que se convenció tras examinar las habitaciones.

Sin decir palabra, volvieron a salir y emprendieron una búsqueda a lo largo, a lo ancho y a lo alto del edificio. Resultó que ellos dos eran los únicos vecinos que seguían allí.

—¡No lo entiendo!—tuvo que volver a exclamar Sekrat—. A menos...

Miró el reloj, que ya señalaba las once y media.

—A menos...—dijo ella—

—Es un poco tarde—explicó el muchacho—. Normalmente, a estas horas, ¡qué digo!, cuando me he levantado, las diez pasadas, ya todo el mundo está en el trabajo...

—Pero no todo el mundo trabaja...—subrayó ella—. Y Mijauhull no tiene por qué salir. Y el *liftier*...



Las civilizaciones son mortales

—Sí, sí—convino Sekrat—. Ellos deberían estar, claro...

Una contestación, por otra parte, que no ayudaba en nada al esclarecimiento del misterio.

—Pero...

Lo dejó estar, porque ni sabía qué quería decir.

—Podríamos mirar en la otra casa—sugirió entonces ella.

—Sí.

Quedaba todavía esta esperanza. Es decir, ¿esperanza de qué? Quizá no de averiguar algo, pero sí de descubrir que no eran ellos las dos únicas víctimas. Esperanza, en todo caso, que quedó defraudada una hora después, cuando tampoco encontraron rastro de ser viviente alguno en toda la extensión de la casa vecina.

—¿Y ahora?—dijo ella al terminar.

Él estaba tan exasperado que se echó a reír.

—¡Y pensar que mi trabajo es resolver enigmas!

Como ella lo miraba, añadió:

—Soy investigador privado...

—¿Por qué no hacemos otra cosa?—sugirió entonces la muchacha—. Yo miraré por la ventana y usted dejará el edificio...

—¿Y de qué servirá? En este caso, quedará usted prisionera.

—Pero, usted, fuera, puede descubrir algo que explique este misterio... ¡Siempre lo hará mejor que yo!

A él la idea le sedujo en seguida.

—Sí, ¿por qué no?—dijo—. Muy bien, saldré. Pero, ¿no tendrá miedo, sola?

Ella se encogió de hombros.

—Me lo tragaré—dijo.

—¡Magnífica chica! No se mueva de la ventana—le recomendó—y dentro de una hora, ¿le va bien?, volveré haya o no haya descubierto el por qué de todo esto...

Después, mientras ella subía hacia su habitación, en el tercer piso, él se plantó ante la puerta, dispuesto a no perderse ni un detalle de la transformación que ocurriría al asomarse ella a la ventana.

A pesar de la atención que prestaba, sin embargo, no pudo descubrir ningún prodigio. Quizás porque había cometido la tontería de quedarse en la parte interior del edificio. El hecho es que el tiempo comenzaba a pasar y no sucedía nada. Impaciente, dio un paso adelante, franqueando el umbral.

Y entonces se encontró en la calle, así, sin más ni más.

Se dijo de todo, pero el daño ya estaba hecho. Después levantó los ojos para localizar a la chica. Como él mismo había hecho, la muchacha saludó con la mano y él le correspondió. Entonces se le ocurrió algo que no tenía nada que ver con aquel asunto:

—No sé cómo se llama...—reflexionó.

Pensó que ya se lo preguntaría después, al volver, y empezó a avanzar por la calle. Era el único transeúnte. Tampoco pudo distinguir a nadie en ninguna ventana, salvo a la chica. Las tiendas, por otra parte, estaban cerradas. Parecía una ciudad muerta. Acababa de morir, porque todavía no presentaba ningún signo de descomposición.

En cuanto a las puertas de los edificios, algunas estaban abiertas y otras cerradas, aleatoriamente. Hacia media calle, se detuvo frente a una de las primeras, pero no osó entrar y se limitó a mirar hacia el interior desde la acera. Como había supuesto, no se veía a nadie.

—¿Pero qué demonios se ha hecho de la gente?

Esto era quizás lo más admirable de todo, incluso en el rango de los prodigios. Porque si el orden natural de las cosas había sido trastornado y la gente había desaparecido, ¿por qué narices quedaban él y aquella chica?



Las civilizaciones son mortales

Se giró para comprobar si seguía en la ventana. Allí estaba, una figura consoladora en aquellos momentos.

—Quizá nos hemos quedado solos en el mundo—pensó.

Se volvió a detener porque había llegado a una calle lateral. También se veía desierta. Durante unos segundos vaciló entre adentrarse o seguir adelante. Pero ¿qué importancia tenía? Se encogió de hombros.

En ese momento sintió un grito. Instantáneamente animado, miró arriba y abajo. Nada. Nadie. El grito se repitió cuando levantaba la mirada hacia las ventanas.

Tuvo que torcer mucho el cuello para poder percibir, en el sexto piso, el rostro inidentificable de un hombre que se asomaba a la ventana, el torso peligrosamente inclinado sobre el vacío.

Saludó con el brazo para indicarle que lo había visto. Pero, una vez hecho esto, ¿qué? ¿Cómo podía ayudarlo?

El otro, sin embargo, manifiestamente lleno de confianza ahora que había descubierto que no estaba solo, ya había abandonado la ventana, y Sekrat adivinó sin esfuerzo que estaría descendiendo hacia la puerta.

Localizó la entrada que correspondía al edificio y se plantó delante. El impulso era de entrar, pero él se resistió, porque podría no haber manera de salir después. Se limitó, pues, a esperar que el otro se hiciera visible en el otro lado.

Solo que, claro, esto no sucedió. Veía sin problema el vestíbulo y el interior del edificio, pero el hombre parecía haberse quedado en el camino. Sin embargo, tenía casi el convencimiento de que no era así sino que el hombre había llegado a la entrada y esperaba, esperaba como él.

Se acercó más a la puerta.

—¿Está ahí?—preguntó.

—Sí, sí—le respondieron, pero la voz poderosa del hombre, que se había hecho oír desde un sexto piso aún no hacía diez minutos, ahora parecía venir de muy lejos.

—¿Quién más hay en el edificio?

—Nadie más, yo solo. Pero ¿dónde está usted? No le veo...

—Tampoco yo a usted. Pasan cosas raras—añadió puerilmente, como si el otro no lo supiera por experiencia propia.

—En toda la mañana no he visto a nadie—dijo el hombre—. ¿De dónde sale?

—Es largo de explicar—dijo él—. Escuche, intentaré sacarlo de aquí. Pondré una mano dentro de la casa. Tómela...

Así lo hizo, pero el tiempo pasaba y nadie cogía su mano.

—¿Qué hace?—preguntó.

—¡Como que qué hago! Espero su mano...

—¡Pero si ya está aquí!

—Pues no la veo...

Sekrat la retiró.

—No se preocupe—dijo—; encontraremos otra manera... Escuche, ¿no se ha movido?

—No—dijo la voz.

—¿Qué tiene delante?

—La casa de enfrente...

—Entre...

Se hizo un silencio.

—¿Ya está?—preguntó entonces Sekrat.

Nadie le contestó.

—Cierto—se dijo—, si ha pasado a la otra casa...

Atravesó la calle y se encaminó precipitadamente.

—¿Está usted ahí?—preguntó al llegar.

—Sí, lo he hecho tal como me ha dicho.

Sekrat estaba maravillado. El hombre había atravesado la calle sin que ni el uno ni el otro se dieran cuenta de nada. Y, sin embargo, la calle existía, él la veía, la estaba pisando...



Las civilizaciones son mortales

—Lo intentaremos de otra manera—dijo—. Cerraré la puerta del otro edificio y entonces usted intentará salir...

—¿Pero cómo?

—No sé cómo. Intente salir. Avanzando, simplemente. ¿De acuerdo?

—Bueno....—dijo el otro, no muy convencido.

Sekrat volvió a cruzar la calle y, alargando la mano con cuidado de no sacar los pies de la calle, se apoderó de uno de los barrotes de la puerta y, trabajosamente, la fue cerrando. Cruzó de nuevo.

—Ya está. ¿Lo véis?

—Sí.

—Pues venga, intente atravesar.

Esperó, en tensión casi angustiada.

—No puedo—dijo al fin el hombre—. Como la puerta está cerrada...

—Pero está la calle...

—Desde aquí no—dijo el hombre con desesperanza.

—Ya veo...

Pero entonces se le ocurrió una idea que lo animó deliciosamente. Como había atravesado de una casa a la otra, ahora el hombre estaba en el mismo bloque de viviendas donde vivían él y la chica. Si podía reunirlos haciéndolos pasar por dentro de los edificios...

—Escuche—le dijo—. Suba a uno de los pisos y póngase en la ventana. Y espéreme allí hasta que vuelva. Cuestión de diez minutos...

—Pero...

—Haga lo que le digo.

—Explíqueme de qué se trata—dijo el otro.

—Verá... —pero se detuvo, porque comprendía perfectamente que, si aquel era un medio de hacer salir a la chica, el hombre forzosamente tenía que quedar dentro. No podían salir ambos en la calle—. No puedo per-

der tiempo explicándoselo. Suba a la ventana y quédese allí.

—¿Y como sé que volverá?

—¿Que no he intentado hacerlo salir?

—Sí—reconoció el otro—. Muy bien, de acuerdo.

—No tardaré más de diez minutos—repitió él, y se alejó velozmente.

La chica seguía donde la había dejado, mirando la calle. Él le hizo un gesto a la vez amigable y alegre y, sin pensárselo, penetró de nuevo en la casa.

Cuando abandonó el ascensor la encontró en el rellano.

—Parece que hay otras personas en la misma situación, después de todo—le dijo. Y a continuación le explicó qué intentaba hacer.

—Subes a la azotea y vas atravesando hasta la segunda casa de Clorys Street. Es allí. Bajas directamente en la calle, no fuera cosa que él... Después ya trataremos de sacarlo.

La chica comprendió inmediatamente la situación, sin extrañarse del tuteo.

Unos momentos después, cumplida la necesaria maniobra de la ventana, Sekrat estaba de nuevo en el exterior y ella subía a la azotea.

Sekrat volvió a la calle lateral. El hombre había obedecido. Al ver al muchacho, su rostro, hasta ese momento crispado en una mueca de angustia, recobró el equilibrio de sus rasgos.

—¡Ni diez minutos!—le gritó Sekrat.

El otro estaba en una ventana del primer piso, por lo que pudo escucharlo perfectamente.

—¿Y ahora qué?—preguntó.

—Hay que esperar un rato. No abandone la ventana.

—¡Ya es fácil decirlo estando fuera!—protestó él.



Las civilizaciones son mortales

—Haré lo posible para que salga— prometió Sekrat.

—Pero no veo por qué tenemos que perder... ¡Eh, eh!—gritó de repente, interrumpiéndose.

La chica, que había corrido como una liebre, salía por el portal de la casa. Lo primero que hizo fue ponerse a reír.

—Ah, ¡qué maravilloso que es!...

—¡Eh, eh!—gritó el hombre—. ¿Qué significa esto? ¿Cómo es que ella ha podido salir?

Pero sin esperar respuesta, abandonaba ya precipitadamente la ventana.

—¡Espere, espere!—gritó el joven.

Pero no sirvió de nada. El otro seguramente ya no le oía.

—Es capaz de hacer una tontería—dijo Sekrat—. Te ha visto salir y como no sabe nada de esto de la ventana...

—¿No se lo habías contado?

—Ya puedes comprender que no. Primero, quería que salieras tú...

—Bueno, de todos modos, al ver que es imposible, ya volverá.

—Eso sí...

La frase no llegó nunca a completarse, porque el rumor pesado de un cuerpo que se estrella contra un objeto sólido la interrumpió.

—¿Qué ha sido eso?—dijo la chica.

Sekrat corrió hacia la puerta del edificio.

—Ya te he dicho que haría una tontería...

Tras pensarlo un momento, cruzó la calle, se acercó a la otra puerta y la abrió. Pero ya no se volvió a oír ningún ruido. Atravesó de nuevo.

—¡Eh!—gritó.

Nadie contestó.

—Debe haber subido al piso de nuevo—dijo la chica.

Esperaron. Esperaron largo tiempo. Sin embargo, en la ventana ya no reapareció nadie. Tampoco contestó nadie a sus gritos, cuando volvieron a asomarse a las dos puertas, uno a cada una.

—¿Qué le habrá pasado?—preguntó la chica.

—No lo sé. Más valdrá que entre...

—¡No, no!—dijo ella, arrebatadamente—. ¿Y si luego no puedes salir?

—Pero puede estar malherido. Se ha lanzado contra la puerta cerrada...

Ella, que miraba portal adentro, le cogió el brazo y se lo oprimió.

—Mira—dijo.

Sekrat obedeció la indicación. Y entonces vio que el hombre estaba extendido al lado mismo de puerta, inmóvil.

Dio un paso, pero la chica lo retuvo.

—¡No, no!—dijo—. ¿No ves que está muerto?

—¿Cómo lo sabes?—preguntó él.

—Primero no lo veíamos...—explicó simplemente.

Él asintió.

Dos minutos después, cogidos de la mano, ambos se alejaban de la ciudad. Confiaban que habría otras ciudades vivas. Si no, aún les quedaba el campo. Y ellos dos, para volver a empezar.